

De paisajes poéticamente habitados

María Elena Hernández Álvarez

Doctora en arquitectura, titular del Taller de Investigación, Arquitectura y Humanidades
Programa de Maestría y Doctorado en Arquitectura, UNAM

Enamorado de sus paisajes urbanos, meticuloso observador de los objetos que ocupan las habitaciones, de los olores que impregnan los ambientes y que definen fronteras de habitabilidad, de las réplicas virtuales de la arquitectura en los espejos del río, en los estanques y hasta en los pequeños pilones, González León tiene mucho que decirnos a los arquitectos.

Poeta de espacios que se habitan a ritmo de provincia, de su provincia, en la cual centra buena parte su obra, y particularmente en tres "estaciones": la parroquia, el convento y su casa, sitios que integran un triángulo sagrado que él ama y recorre cotidianamente percibiendo su palpitar, sus transpiraciones.

Para Francisco González León (Lagos de Moreno Jalisco, 1862) su parroquia es más atmósfera que teología; este recinto espiritual churrigueresco lo evoca en la palabra con singular cuidado para leerse desde todos los sentidos humanos: el olor a incienso que se sienta en las sillas abaciales; el aroma de jazmines impregnando el atrio y también a una santurrón que pasa por ahí "persignándose en su inopia"; los cuchicheos de niños que se portan mal a la hora del rosario; los fierros que por viejos rechinan en el barandal del comulgatorio; los clamores y secretos celosamente guardados en las bancas; las campanas llamando a misa de doce que asustan a algún palomo perezoso en la cornisa de la fachada.

El convento de las clarisas, muy cercano a su hogar, marca también su sensibilidad a los espacios arquitectónicos; así, descubrimos en su obra olores a galletas recién horneadas, el griterío de chicos a la salida del catecismo todos formaditos y listos para devorar el premio de recortes de hostia, el pilón que refleja la quietud del convento, y hasta la celda con una vela aún encendida que de noche ve el espía, desde lejos, como adivinando morbosamente las tentaciones de una monja.

La casa del poeta, rescrita en sus versos, es autobiográfica. La libertad de recorridos íntimos en ella, expresados con fina elegancia, revelan la fascinación que en él ejercen las "presencias ausentes", de su amada esposa Petra, de momentos compartidos alrededor del fuego, de historias encerradas en antiguos objetos o en amarillentos retratos de antepasados, de exquisitas merien-

das casi conventuales... "mi casa —dice el poeta— tiene algo de capilla, ...ternuras de capillas interiores/ ternuras que se fueron de puntillas/ temerosas tal vez de algún désaire...". Todos estos ambientes, bellamente poetizados, ineludiblemente generan en el lector de la obra del laguense la nostalgia y el anhelo de vidas pasadas o futuras plenas de esencialidad.

Los espacios urbanos de su ciudad natal, minuciosamente observados; los atardeceres contemplados desde una banca en la plaza; las calles, generalmente vacías de personas que acaban de pasar; "...algún aparador madrugador/ que en su cristal retrata/ las prisas de alguna beata..."; la gota de rocío que amenaza con rendirse al fin de la hoja de un rosal; todo esto lo captura y lo eterniza en su poesía: "...La campana de hoy es la de ayer/ y ha de ser la campana de mañana...". Así, la obra de este poeta es también un valioso documento historiográfico para la arquitectura, quizá más elocuente que muchos otros. Poeta de percepciones sensoriales y místicas a flor de piel, pero que no lo evidencia todo; sin duda, múltiples sonidos, olores o vistas se sugieren —quizá intencionalmente— para regalo del lector, para asomarse sorpresivamente tras las líneas de sus versos, como la firma de sus paisajes. En este sentido, en González León se cumple aquella idea de que, si bien una imagen visual vale mil palabras, la palabra poética evoca un sinfín de imágenes.

Además, la parroquia, las calles, los parques, el convento, su casa, su aspiración mística y también su fino erotismo con frecuencia se presentan en su obra poética enmarcados por el agua; en efecto, el poeta identifica muy diversas presencias del agua en su amada provincia y con ello acompaña, acentúa y embellece todavía más los espacios habitados, los abrazos humanos.

Dedico este breve texto, con admiración y profundo agradecimiento, a un gran poeta mexicano quien nos convence de que, como dijo Holderlin, "sólo poéticamente es como el hombre habita en la Tierra". Francisco González León es uno de los poetas que mejor nos permiten comprender y comprometernos de otra manera, de manera poética, con la arquitectura.

Un par de ejemplos ilustran lo dicho hasta aquí.

Agua dormida

Agua dormida de aquel pilón:
 agua desierta;
 agua contagiada del conventual
 silencio de la huerta.

Agua que no te evaporas,
 que no te viola la cántara,
 y que no cantas, y que no lloras.

Tu oblongo cristal
 es como el vidrio de una cámara fotográfica
 que retrata un idéntico paisaje
 de silencio y de paz.

Tus húmedos helechos,
 un cielo siempre azul, y quizás
 un celaje...

Tú a la vida, jamás, jamás te asomas,
 y te basta de un álamo el follaje,
 y en las tardes un vuelo de palomas...

Agua dormida,
 agua que contrastas con mi vida,
 agua desierta...

Pegado a la cancela de la huerta,
 de sus rejas detrás,
 ¡qué de veces de lejos te he mirado!
 y con hambre espiritual he suspirado:
 ¡si me dieras tu paz!

La gotera

Llovió toda la noche.
 La llovizna final aún parpadea
 un húmedo rumor en la azotea;
 archivo de hojas que moviera el viento.
 La oscuridad del ámbito se duerme
 desvelada dentro del aposento.

La lluvia ha hecho
 que se filtre el agua
 y se traspase el techo
 destilando metódica en la estera
 del piso de la pieza,
 una gotera.

Esbozo musical que se devana.
 ...Ritmo alterno
 de arteria o de campana:
 Tic...
 Tac...

Si motivos de música de cámara
 la llovizna ejecuta,
 la gotera en el suelo pertigüea
 la ley de una batuta.

Hay algo que recóndito se afina;
 la oscuridad es morfina
 propia para soñar.

Ábranse de par en par
 los sencillos postigos de la infancia.
 Perspectiva interior de la distancia,
 que tan cerca del alma se veía:
 la vieja casa conventual y fría;
 las grandes y recónditas alcobas;
 los cuentos de los duendes que ahí andaban
 cambiando de lugar a las escobas.

Y el bullicioso gozo;
 y el asomarse al pozo
 por distinguir la arruga
 que en el agua dejaba la tortuga.

Recóndita virtud de aquellas cosas
 que se amplían en el alma a la manera
 del vidrio de una esfera.

Gotera
 de renguera
 desigual:
 Tic...
 Tac...

Clepsidra cuya gota horada el tiempo
 con caída de ritmo vertical;
 rumor que asemeja al de la péndola
 que en la sala de ambiente colonial
 rebanaba el silencio de las horas
 con el filo de su disco de metal.